

**"M**i caso es atípico, por eso dudé mucho antes de decidirme a venir. Soy golpeada por mi hijo mayor. Estoy divorciada legalmente desde hace doce años y durante mi vida matrimonial fui muy maltratada por mi marido, con toda clase de injurias verbales y humillaciones, pero reconozco que nunca fui golpeada. Se puede decir que mi hijo no aprendió la violencia del padre. Por eso pienso que el mío es un caso atípico. ¿Y sabe una cosa? Me duele más el comportamiento de mi hijo que el maltrato de mi marido, no por el dolor físico sino por el moral. Porque a mi hijo lo quiero mucho, a pesar de todo".

Estas palabras fueron dichas por Celina R. de Torres. Contra lo que esta señora cree, su caso no es atípico sino demasiado frecuente. La señora de Torres no relaciona la violencia verbal del padre con el tipo de violencia física acompañada de injurias que ejerce el hijo contra ella. En todos los casos de hijos golpeadores, éstos son mayores de edad, algunos casados y otros solteros que viven todavía con la madre y dependen de ella a fin de cubrir sus necesidades de ropa, techo y alimento. El hijo golpeador siente que debe ocupar el lugar del "hombre de la casa"; y así se identifica con un padre ausente desde muchos años atrás, que nunca aportó al sostenimiento de la familia

pero cuya "presencia" en ausencia es asumida por el hijo.

¿Cuándo comenzó a golpearla? preguntamos a Celina. Respondió: "Cuando se hizo adulto". ¿Qué actitud adoptan sus otros dos hijos? "Ninguno me defiende, obedecen al hermano". El cuadro familiar se completa. Durante muchos años esa familia sólo la formaron una madre que trabaja todo el día y tres hijos menores que dependían de ella. Al convertirse en adultos, el hijo mayor asumió la personalidad del padre que los dejó, pero al que nunca olvidaron.

El rol de hombre de la casa responde al mismo modelo de violencia que esta madre no alcanza a comprender porque su marido nunca le pegó. En su excelente libro "La mujer maltratada" la licenciada Graciela B. Ferreira describe el maltrato psíquico en estos términos: "Existen numerosas mujeres que padecen maltrato en su relación con un hombre aunque no reciban golpes físicos. No saben que su malestar y deterioro general se debe al abuso que el hombre ejerce sobre ella. La maltrata de acuerdo con las características prototípicas del hombre violento aunque no la golpee. En estos casos la violencia física es un ingrediente faltante, latente en la

## Tribunal de Violencia Contra la Mujer

### Los hijos golpeadores

por María Elena Oddone

relación, y puede o no presentarse en determinadas oportunidades. Sin embargo, el resultado es el mismo: La mujer se va debilitando y desesperando cada vez más, atrapada en esa relación que le consume las energías y la vida".

Esta mujer cuya autoestima se encuentra destruida y sus recursos de autoprotección deteriorados se ve obligada a salir a trabajar a fin de mantener a sus hijos porque el padre los abandonó. Todos los hijos golpeadores han sido abandonados por el padre durante la infancia y lo reencuentran cuando son adultos. Semejante comunicación tardía obra en favor del padre, que influye en los hijos de modo de lanzarlos en contra de la madre, a quien hace responsable de la separación.

En una carta recibida por este tribunal, otra mujer, Eloísa Martínez, hace una confesión dramática: "**Me dirijo a usted y la hago depositaria de mi enorme dolor. Tuve tres hijos deseados y amados y ellos son ahora la causa de mi infelicidad. Fui abandonada por mi marido cuando el mayor de los niños tenía seis años. Me presenté**

**a un abogado y le dije: 'Vengo a salvar a mis hijos que son mi única razón de vivir.' Gané el divorcio. Les di a mis hijos estudios primarios, secundarios y universitarios. Aunque éramos muy pobres, mis chicos jamás salieron a la calle a abrir puertas de coches, jamás usaron ropa ajena. Trabajé duramente para darles un techo propio, para lo cual nunca compraba nada para mí que no fuera lo estrictamente necesario para presentarme a trabajar. El padre no dio nunca un solo peso para alimentarlos; ni siquiera sabía si sus hijos estaban vivos o muertos. Les abrí un negocio de ropa, del cual viven actualmente los tres. Por toda retribución, el hijo mayor de veintisiete años, me golpea y me insulta. Tanto dolor ha deteriorado seriamente mi salud. Soy una mujer golpeada, lamentablemente por el ser al que dediqué mi vida. Ahora ha empujado a golpearme también el menor".**

El razonamiento lógico que se hacen estas mujeres desesperadas no parece tener explicación. Sin embargo la tiene. La violencia del padre marcó las relaciones familia-

res en los dos casos presentados. La primera imagen que tuvieron esos hijos fue la de una madre desvalorizada, reducida a mero objeto, que la violencia del padre destruía. Los muchachos, en su visión infantil, no podían ver a una víctima sino a un ser débil que no sabía defenderse. Esa primera imagen quedó grabada y creó una confusión de sentimientos ambivalentes. Por una parte, el deseo de defenderla por conmiseración, y por la otra furia, por no ser ella lo fuerte que se espera de una madre. No se debe olvidar que vivimos en una sociedad que exalta la fuerza de cualquier categoría y siente desprecio por los débiles, por muy meritorios que sean en otros aspectos de su personalidad.

Estas mujeres no lograron en los años que siguieron al abandono del marido rehabilitar su imagen, edificar la autoridad que nunca tuvieron. Tal como no supieron poner límites al abuso del hombre, tampoco saben poner ese límite a sus hijos.

Demasiado ocupadas en sobrevivir y en darles lo que los niños necesitaban, no imaginaron nunca que sus méritos no serían tenidos en cuenta. No pensaron que el sufrimiento causado por la violencia del hombre golpeador no se borraría jamás de

la memoria de sus hijos.

Los efectos de la violencia son destructivos en el corto y en el largo plazo. Se ha escrito mucho sobre las secuelas de la guerra, pero poco sobre las de la violencia en la familia. Las mujeres y los niños, que como los de estas dos historias reales la han sufrido o la sufren, necesitan ayuda para rehabilitar sus personalidades alteradas por el trauma de la violencia. La sola ausencia del causante no basta, porque el daño perdura. En la Argentina apenas se comienza ahora a tomar conciencia de este problema, negado por quienes no lo sufren. Indudablemente, la principal responsabilidad recae en los psicólogos machistas, los médicos, los abogados y aquellos docentes que salen en defensa de algún abusador de colegio. La familia argentina necesita ayuda y no la tiene. Los medios de difusión usan la cuestión en forma sensacionalista, sin otra idea que la de vender más. No hay en la secretaría de Desarrollo Humano y Familia ni en la Dirección de Infancia ningún plan de campaña destinado a someter este fenómeno de violencia a un debate público, y así terminar con los mitos que aún dominan a la comunidad. Las mujeres citadas en este artículo y muchas otras no tienen a quién pedir ayuda sin verse en la necesidad de denunciar a sus propios hijos. □

## El Informador Público

Director: J. Iglesias Rouco

KLEIO S.A.

Año 4 - Nº 167  
Viernes 8 de diciembre de 1989